

Juzgado por indicios

Pou



JUZGAR POR INDICIOS.





# JUZGAR POR INDICIOS

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN PROSA ORIGINAL

DE

GERÓNIMO POU Y MAGRANER

estrenada en el Teatro-Circo Balear en la noche  
del 28 de Marzo de 1882.



PALMA.

IMPRESA Y LIBRERÍA DE PEDRO JOSÉ GELABERT.

1882.

PERSONAJES.

ACTORES.

---

ISABEL . . . . .	D. <sup>a</sup> MATILDE MALLI.
MARIA. . . . .	» CONCEPCION BONET.
FRANCISCA, <i>doncella de servicio.</i>	» SISILDE SANZ.
LUIS, <i>Médico, marido de María.</i> .	D. ANTONINO GRIFELL.
ARTURO, <i>marido de Isabel.</i> . . .	» CÁRLOS MESTRE.

---

**La accion en Madrid y en nuestra época.**

674071

SR. D. EDMUNDO ADCOK:

*El prodigioso invento de las máquinas „Singer” y la facilidad de las transacciones por medio de las ventas á plazos poniéndolas al alcance de las mas modestas fortunas, han mejorado notablemente la situacion de gran número de familias trabajadoras.*

*A V. representante en España de la compañía fabril, que tanto ha contribuido al alivio de las clases necesitadas, dedico este modesto trabajo rogándole se sirva aceptarlo con la consideracion y respetos del autor.*

GERÓNIMO POU.

---

---

# ACTO ÚNICO.



*La escena representa un salon amueblado con decencia: entre los muebles una máquina Singer y un armario-ropero.*

---

## ESCENA PRIMERA.

LUIS, ARTURO.

LUIS. Por fin llegó el anhelado día y si esta noche reina entre nosotros armonía y decisión, derribaremos ese gobierno sin prestigio y sin fuerzas para resistir el proyectado movimiento. Los buenos no deben faltar á la cita.

ARTURO. Y no faltaremos nosotros; más no digas que carece de fuerza el ministerio; si lleva sobre sus hombros toda la indignacion del país y hay ministro que puede tirar de una carreta.

LUIS. Y en su vida debió ejercer otro oficio. Muy poca vida les queda.

ARTURO. ¿Y sabes á punto fijo la hora de la reunion?

LUIS. Convinimos en que fuera esta noche á las doce. Conrado quedó en mandarme una esquila avisando la resolucion definitiva.

ARTURO. Debemos prevenirnos: quizá la sesion durará hasta el amanecer.

LUIS. Es muy fácil: y á fé que siento dejar toda la noche nuestras mujeres á solas. ¡Ay, Arturo, tú ignoras lo que es la córte!

ARTURO. En mi concepto, y así como París es el cerebro de Francia, Madrid es el estómago de España; allí domina el pensamiento y aquí se dejan dominar por el pienso: tal es el juicio que de la córte he formado.

LUIS. ¡Y hay por aquí tanto gloton aficionado á la mujer del prógimo y á darle un corte al marido!

ARTURO. Al que se atreva con mi Isabel se la regalo.

LUIS. Ojalá se le pareciera su hermana; pero es tan suave, tan dócil, tan sumisa, no me fio de las mosquitas muertas.

ARTURO. No seas receloso, ni perdamos el tiempo en inútil palabrería: vamos á poner en órden las adhesiones y documentos que de mi provincia traje.

Ahí vienen nuestras mujeres: vamos antes que Isabel nos dé jaqueca.

(Salen por una puerta lateral y cierran.)

## ESCENA II.

ISABEL, MARIA, luego FRANCISCA.

ISABEL (corre hasta la puerta por la que entró su marido.) ¿Te ocultas de mí, mal marido? ¡Has visto, María, has visto!

MARIA. No le visto nada.

ISABEL. En cuanto advirtieron nuestra venida, se ocultaron en su habitacion.

MARIA. Tendrian asuntos de que tratar.

ISABEL. Algo traman; alguna calaverada: sin duda cues-

tion de faldas. Vamos, hay para sofocarse, yo me sofoco; sofócate tú también.

MARIA. ¿Que me sofoque? No veo la razón.

ISABEL. ¿Crees tú que si la viera me contentara con sofocarme?

MARIA. ¿Qué harías?

ISABEL. Ahogarle entre mis manos; los sofocones deben usarse como medida preventiva.

MARIA. Vaya unos preventivos que gastas.

FRANC. (entra con una carta en la mano.) Señorita, una carta para D. Luis.

MARIA. ¿Quién la ha traído?

FRANC. Un lacayo.

ISABEL. Dame la carta.

(Se la entrega y al cogerla hace ademán de romper el sobre.)

MARIA (deteniéndola.) ¿Que intentas?

ISABEL. Leerla.

MARIA. De ningún modo: solo ha de leerla mi marido.

ISABEL. Tontuela! Tienes la sangre de horchata y por eso tu marido te la pega; tiene queridas; te engaña.

MARIA. ¿Que dices? ¿Quién te ha forjado esos cuentos?

ISABEL. Nadie me ha dicho nada, pero yo lo presumo.

MARIA. ¡Ah! ¡Y lo das por cosa cierta!

ISABEL. Es que tengo un olfato.... ¿Ves esta carta? A la lengua huele á querida. Ea, fuera escrúpulos.

(Rompe el sobre.)

MARIA. ¿Que has hecho?

ISABEL. Romper el sobre y leerla. lee) «Querido Luis.»

Vamos, no empieza mal: ¿lo ves? Luis es su querido, claro está que quien escribe es la querida. ¿Que te parece?

MARIA. Que no debias leerla.

ISABEL. Calla y atiende.

«Querido Luis: conforme quedamos convenidos, esta noche nos veremos en el sitio y á la hora que sabes. Puede acompañarte Arturo, que allí encontrará persona á quien hace tiempo no ha visto y que desea con ansia darle un cariñoso abrazo. El tutor anda receloso y hay mucha vigilancia. Sigilo y prudencia: el porvenir es nuestro.—C.

Y no hay firma, ¿que dices ahora? ¡Y Arturo!... ¿con que señor marido, esás tenemos? no es malo el abrazo que te espera. El tutor anda receloso... ¡pues si yo pesco á las pupilas!

MARIA. Estás loca: dices desatinos: si no hubieras leído lo que no te importaba...

ISABEL. ¡Ea, déjame en paz!

MARIA. Dí mejor que te deje en guerra; lo que es tú no estás pacífica.

ISABEL. ¡Mejor será que te enfades tú tambien! ¡anda, enfádate! ¡Uy, que mujer! ¿para cuando guardas los nervios?

MARIA. Yo le contaré á mi marido lo que has hecho.

(Vase por una puerta lateral.)

### ESCENA III.

ISABEL. ARTURO.

ISABEL. ¡Arturo, Arturito, Arturito de mi alma!

ARTURO (saliendo). ¿Que ocurre? ¿que quieres?

ISABEL. Cuando llamo es porque quiero que vengas.

ARTURO. Aquí estoy: ¿que se ofrece?

ISABEL. Ofrecerse poca cosa. ¿Has de salir esta noche?

ARTURO. No sé: es fácil.

ISABEL. Conque... ¿no sabes?

ARTURO. Creo que sí: Luis...

ISABEL. Ya; Luis. ¿Y donde vais?

ARTURO. Lo ignoro: supongo que á ver á unos amigos.

ISABEL. ¡Amiguitos de mi alma! Tus amigos lo son míos: yo quiero ir con vosotros.

ARTURO. ¿Estás loca? no puede ser. Una reunion de hombres.

ISABEL. De hombres, ¿eh? Mejor: se alegrarán viendo á una mujer entre ellos.

ARTURO. Mas yo no quiero que contigo se alegren mis compañeros.

ISABEL. Ya, ya. ¿Crees, perjuro, mal marido, que me engañas? lo sé todo; andas metido en malos pasos.

ARTURO. ¿Quién te ha dicho?... (¿Quién le habrá dicho que conspiro?)

ISABEL. ¿Lo confiesas? ¡Si no puedes negarlo!

ARTURO. Y exijo el más absoluto silencio.

ISABEL. Si, ¡aguarda que yo encubra tus faltas! ¡He de armar el gran escándalo! ¡Ha de saberlo todo el mundo!

ARTURO. ¡Mujer, tú quieres perderme!

ISABEL. Sí, eso quiero: perderte de vista para siempre; ¡lo que siento es haberte encontrado, libertino! ¡si mereces un grillete!

ARTURO. ¡Que seas tú quien lo diga! Sabes que siempre he profesado ideas liberales: soy entusiasta por la libertad. ¿Que mal hay en lo que hago?

ISABEL. ¿Que no hay mal? ¡un hombre casado andar en líos y aventuras!

ARTURO. ¿Y que tiene que ver el ser casado? ¿Acaso no tengo igual aptitud que cuando era soltero?

ISABEL. Y tal vez mas acreditada.

ARTURO. Por lo mismo quiero demostrar que el casamiento no ha entibiado mi ardor, que soy tan entusiasta como en otros tiempos.

ISABEL. Y yo quiero que solo á mí hagas esas demostraciones.

ARTURO. ¡A tí! ¡Vaya una gracia! En tales casos la mujer estorba; conque no trates de impedir que cumpla como bueno.

ISABEL. ¡Y me lo dice con tal frescura y cara á cara! ¡impúdico, traidor! ¡mal esposo!! (Con un supremo arranque) ¡Liberal!!!

ARTURO. ¡Cataplum! se nos cayó la casa á cuestras. Ultima palabra del Credo en boca de la mujer nécia.

ISABEL. Y te advierto que si esta noche te atreves á salir, habrá escándalo; me oirán los sordos.

ARTURO. Pero Isabel, atiende.....

ISABEL. A nada atiende.

(Se va por una puerta lateral. Arturo la sigue y ella le da con la puerta en las narices, sale Luis por la de enfrente y se queda riendo.)

## ESCENA IV.

LUIS, ARTURO.

LUIS. ¿Hay chubasco? ¿quieres para-rayos?

ARTURO. A tiempo llegas: mi mujer lo sabe todo; acabo de tener una reyerta: se la llevan los demonios.

LUIS. Que se la lleven: harto les dará que hacer en los infiernos.

ARTURO. Dice que si salgo de casa esta noche arderá Troya.

LUIS. ¿Troya? pues que la incendie, que vaya á Troya.

ARTURO. Sabe que conspiramos.

LUIS. ¿Quien le ha dicho?.. ¿como se habrá enterado?... y despues de todo, eso á ella no le importa.

ARTURO. Quiere divulgar el secreto.

LUIS. Preciso es que yo averigüe lo que ha pasado: tal vez María sepa algo; mi mujer me esplicará.  
(Toca un timbre y se presenta Francisca.) Díle á la señora que venga: y tú, Arturo, déjame á solas con ella.

## ESCENA V.

LUIS, MARIA.

MARIA. ¿Que quieres?

LUIS. ¿Que ha pasado aquí? ¿Que tiene tu hermana contra su marido?

MARIA. Luis, no me culpes.

LUIS. No te culpo: cuenta lo que sea.

MARIA. Hace un momento vino aquí la doncella con un billete para tí; Isabel rompió el sobre y lo leyó.

LUIS. ¡Ira del cielo!

- MARIA. No pude impedirlo.  
LUIS. ¿Donde está ese billete?  
MARIA. Isabel lo tiene.  
LUIS. ¡Esa mujer es como el gobierno: detiene y viola la correspondencia! ¿Y sabes tú el contenido de la carta?  
MARIA. Os dan una cita para esta noche á la hora y sitio que sabeis.  
LUIS. ¿Quién?  
MARIA. No lo sé: supongo que unas señoras.  
LUIS. ¿Quien firma la carta?  
MARIA. Una C y tres estrellas: en ella se os avisa que el tutor vigila mucho.  
LUIS (Ap.) (El aviso de Conrado.) De modo que Isabel...  
MARIA. Está celosa de las pupilas.  
LUIS. ¿Y por esta razon se opone á que su marido salga?  
MARIA. Así es.  
LUIS. ¿Y tú?  
MARIA. Por mí puedes hacer lo que te plazca.  
LUIS. ¿Te aburres de quedar sola?  
MARIA. No me falta entretenimiento: procuro matar el rato.  
LUIS. Hola, hola; mucho me place. (Ap.) (Yo sabré averiguar que entretenimiento es el tuyo.)  
MARIA. Además, hoy no quedaré sola: me acompaña Isabel.  
LUIS. Vé á buscarla: necesito esa carta.

## ESCENA VI.

LUIS.

Mi mujer se entretiene: nunca me ha preguntado el objeto de mis salidas nocturnas, cree que voy á una cita de amores y se queda tan conforme. Ó Maria es de mármol, ó... yo averiguaré lo que haya.

## ESCENA VII.

LUIS, ARTURO, *luego* ISABEL y MARIA.

ARTURO. ¿Que te ha dicho tu esposa?

LUIS (Ap.) (Si este se entera de la verdad, no se atreve á salir de casa.) Lo saben todo.

ARTURO. ¿Que hacemos?

LUIS. Ir allá que quieran que no quieran.

(Entran Isabel y Maria.)

ISABEL. Esta es la carta, ¿la ves? Mas, no te la daré: es una prueba y con ella he de ajustar las cuentas á mi marido.

LUIS. Ajústale cuanto quieras, pero si no me la das te la tomo.

ISABEL. Hombre, quisiera verlo.

ARTURO. Isabelita, por Dios.

MARIA. No seas terca.

LUIS. Que te la quito á la fuerza.

(Hace un movimiento, Isabel oculta la carta en el seno.)

ISABEL. Tómala si puedes.

LUIS. Si te empeñas... (Hace ademan de quitársela.)

ARTURO. Yo me opongo al reconocimiento: que la guarde en buen hora. (Detiene á Luis.)

ISABEL. Y la enseñaré al tutor.

ARTURO. ¿Que tutor?

LUIS (Ap. á Arturo.) (El tutor es el gobierno: así le llamamos nosotros.)

ARTURO. ¿Eso harás?

ISABEL. Como lo digo, y ojalá que os cogiera con las manos en la masa y os cortara las orejas.

MARIA. ¿Que clase de cariño es el tuyo que tan malos deseos te inspira? En cuanto á mi marido, te advierto que yo le quiero con orejas.

ISABEL. Yo deseo que al mio le dejen sin ellas para que sirva de irrisión, escarnio y befa. Por lo visto te hace gracia que tu Luis tenga pupilas.

LUIS. ¡Pobre de mí si no las tuviera!

(Lleva las manos á los ojos.)

ISABEL. Pues yo cuidaré que mi marido no las tenga.

ARTURO. Antes ciegues que tal veas.

ISABEL. ¿Las quieres mucho? (Con acento de ironía.)

ARTURO. Como á las niñas de mis ojos.

ISABEL. ¡Que impudencia!

LUIS. Se acabó la charla: vámonos Arturo.

ISABEL. Mi marido no saldrá de casa.

LUIS. Lo dijo Blas, punto redondo. Arturo, vámonos.

(Lo coge del brazo intentando llevárselo.)

ARTURO (Titubeando.) Espera: tal vez logre convencerla.

LUIS. Tu mujer es inconvencible: parece hecha para ser suegra.

ISABEL (Ap. á María.) Haz que te dé un accidente, un desmayo.

MARIA. No seas nécia.

ISABEL (Id.) No seas tonta: apela á los nervios. ¡Ay, Dios mio, que nervios tan mal empleados!

MARIA. Eh, déjate de simplezas.

(Durante las últimas frases Luis y Arturo marchan hácia la puerta.)

ISABEL... ¡Ay, ay, me abogo, yo muero!

(Se deja caer sobre una silla, agitada por convulsiones.)

ARTURO (Retrocediendo.) ¿Que es esto Isabel? ¿Que es lo que tienes? Luis, mi mujer se muere.

## ESCENA VIII.

DICHOS. FRANCISCA.

FRANC. ¿Que ocurre? ¡Cielo santo! ¡un accidente! aflójela el corsé.

MARIA. Vuelve en tí, Isabel.

LUIS. Afortunadamente tenemos al médico en casa: dejad que la tome el pulso. (Toma el pulso y hace gestos de desagrado.) Arturo, yo siento decírtelo: tu mujer está muy grave.

ARTURO. ¿Que enfermedad es la suya? Sepamos.

MARIA (Sonriendo y ap.) (Buen médico está mi marido: si siempre acierta así, pobre del enfermo que caiga en sus manos.)

(Luis coge á Arturo de la mano y lo lleva á un extremo del salon.)

LUIS (Con aire trágico.) ¿Eres hombre?

ARTURO. Por tal me tengo.

LUIS. ¿Estás seguro?

ARTURO. ¿Será necesario que lo pruebe?

LUIS. Digo si estás seguro de tí mismo; si tienes valor.

ARTURO. Creo tenerlo.

LUIS. Tu mujer es víctima en este instante de la catalepsia inverosímil sobre la que nada escribieron Hipócrates ni Galeno. En fin; te lo diré sin rodeos: tu mujer muere.

ARTURO. ¿Que dices?

LUIS. Que se muere sin remedio y urge combatir el mal.

ARTURO. Sálvala; en tí confío; en tu ciencia espero.

LUIS. Queda un recurso de invencion moderna y voy á probarlo. Francisca, unas tijeras.

(Francisca le da unas tijeras y con ellas se acerca Luis á la paciente.)

MARIA. ¿Que intentas hacer?

LUIS. Cortarle el pelo: dejarla la cabeza pelada como un melon.

(Va á poner manos á la obra, Isabel se levanta furiosa y lo rechaza.)

ISABEL. ¿Crees tú que lo consienta? Eres un médico ignorante.

LUIS (Señalando las tijeras.) Remedio maravilloso: á su solo anuncio, curacion completa.

ARTURO (Con tono muy cariñoso.) ¿Te sientes mas aliviada?

ISABEL. Quitate de mi presencia.

LUIS. ¿Hay escitacion todavía? Un tijeretazo: cortándole un par de risos quedará mas sosegada.

ISABEL. Ni rizados ni trenzas.

ARTURO. Apuesto á que te sientes mejor.

ISABEL. Hierve la sangre en mis venas.

LUIS. Ebullicion sanguínea. Esto se cura con una aplicacion de sanguijuelas. Francisca, vé á Camacho, el farmacéutico de la esquina, y que te facilite dos docenas.

ISABEL. Y aplícaselas á mi marido en las narices.

- MARIA. Déjala tranquila; no la atormentes.
- ARTURO. ¿Que tal mujercita mía? ¿ha pasado el accidente?
- ISABEL. Si sales esta noche de casa, mañana pido el divorcio.
- LUIS. Sí saldremos, y procura que no repita el ataque pues ya sabes la receta. (Enseña las tijeras.)
- ISABEL. Lo veremos.
- ARTURO. Pero mujer, ¿que dirán las generaciones venideras si por tu causa se malogra la empresa?
- ISABEL. No conozco á esas señoras ni me importa lo que digan. En cuanto á tí, (dirigese á Luis) puedes entrar y salir, toda vez que á tu mujer le es indiferente que te diviertas con otra, y además ella sabe entretenerse cuando tú no estás en casa, pero mi marido no ha de salir de aquí.
- LUIS (Ap.) (¿Sabe entretenerse? algo ha querido decir: yo lo sabré.)
- ISABEL. Me voy, porque el simplon de mi marido acaba con mi paciencia.
- ARTURO. ¿Dices por mí lo de simplon?
- ISABEL. Por tí lo digo, mala hierba.
- MARIA. No le hagais caso; id en buen hora; marchad á vuestros quehaceres que yo procuraré sosegarla.
- LUIS (Ap.) (Y mi mujer me aleja.)
- FRANC. Señorito, ¿voy á Camacho?
- ARTURO. ¿A qué?
- FRANC. Por las sanguijuelas.
- ARTURO. Déjalo para otro dia: de todos modos, aunque sean muy voraces no podrian con ella.
- MARIA. Adios, hasta la vuelta.
- ISABEL. Hasta nunca. Si te vas no vuelvas.
- (Luis le enseña las tijeras. Retiranse Isabel, María y Francisca.)

## ESCENA IX.

LUIS, ARTURO.

- LUIS. Ya lo has visto: los accidentes de tu mujer se curan con esto. (Abre y cierra las tijeras.)

ARTURO. No me disgusta la receta.

LUIS. Este mujeril instrmento es de gran influencia social: influencia á que no escapa ni el grande ni el chico. Que se desmanda aunque sea un Ministro; la opinion pública le aplica cuatro cortes de tijera y lo deja tamañito, sin cartera ni poltrona. Se desmaya tu mujer, hay nervios, córtale el cabello y es probable que no se repita el accidente: regañas con la suegra, la pelas: en fin, cualquier *quidam* se propasa haciendo lo que no debe, se le corta un sayo. Con que Arturo, aprende á manejar la tijera, que ello es muy necesario para vivir donde hay tanto sastre y modista, que al más listo y avisado le cortan y ajustan la cuenta.

ARTURO. No se me olvidarán tus lecciones.

LUIS. Y si se te acerca cualquiera con ademan sospechoso, lárgale un tijeretazo.

ARTURO. ¡Al pelo!

LUIS. Eso es, al pelo y que sin pelo le deje. Mas charlando pasa el tiempo: vámonos antes que vuelva tu mujer.

ARTURO. Son las diez y la reunion es á las doce: faltan dos horas todavía.

LUIS (Con aire misterioso.) Esto es un ardid, una estratagema. ¿Crees acaso que yo me fío de la indiferencia de mi mujer? Quiero saber en que pasa el tiempo cuando yo no estoy en casa.

ARTURO. ¿Tú desconfiado y celoso sospechas de tu mujer? Por mi vida que nunca lo hubiera dicho.

LUIS. Con su cara de mosquita muerta estoy convencido que me engaña: ¿no te has fijado? Ella desea que marchemos, pero yo la sorprenderé.

ARTURO. ¿Y en qué has de sorprenderla? ¿por qué no la interrogas?

LUIS. Porque no me gusta provocar escenas; mi sistema es callar y obrar. Vámonos; quiero dejarla el campo libre.

ARTURO. Como quieras. (Marchan por la puerta del foso.)

## ESCENA X.

ISABEL.

(Asoma la cabeza y mira á todos lados.) Se han ido; ¡bribones! (Entra.) Yo averiguaré quien es la dichosa pupila que me roba á mi marido. Registraré su ropero tal vez descubra la incógnita, quizá encuentre... (Abre el ropero y saca un sombrero de copa.) Una chistera: esta es prenda masculina... de mi marido; la de los dias de fiesta. (Apostrofa el sombrero.) Encubridora de sus malos pensamientos, ¡maldita seas! No volverás á servirle de cobertera: te apabullo y te arrojó de sus sienas. (Apubulla el sombrero y le arroja por el suelo.) Prosigamos el registro. (Registra de nuevo y saca un elástico.) Calzado de mujer... no de hombre. Tambien á tí, vehículo que le trasportas á los brazos de mi rival, tambien á tí, que á tan malas partes le llevas, te abomino, te detesto y te pisoteo. (Arroja la bota al suelo y la pisotea.) Continuemos el inventario. Un par de guantes, al suelo tambien. ¿Que es esto? (Saca una trenza de pelo.) He aquí el cuerpo del delito, el cuerpo no, el pelo de la delincuente, el cuerpo estará tal vez en brazos de mi marido. ¡Oh! ¡pérfido!... ¡traidor!... ¡engañoso!...

## ESCENA XI.

ISABEL, MARIA.

MARIA. ¿Qué voces son estas? (Isabel oculta precipitadamente la trenza.) ¡Qué desórden! ¿Estás haciendo almoneada? Sin duda has perdido el juicio.

ISABEL. Se han ido y en algo habia de desahogarme hasta que vuelvan, esto es un desahogo interino.

MARIA. ¿Para qué necesitas desahogos interinos ni definitivos?

ISABEL. ¿Para qué? Hija, envidia tu calma. Bien mereces la corona y que te la ponga tu marido.

MARIA. Mi calma, ¿la envidias? ¿quieres conseguirla? ¿sabes como mato las horas cuando mi marido sale de casa? trabajando para él y para mi hijo. Esa máquina me acompaña, en ella pespunteo camisas ó calzoncillos, ó algun vestidito para el ángel de mis entrañas; si un mal pensamiento tortura mi imaginacion ó me molestan los nervios, me siento á la máquina, trabajo pensando en mi Luis y en mi hija, los nervios se tranquilizan y el entendimiento se aclara. Isabel, tú sabes lo que es un hijo, tú le amas y amas tambien á tu marido.

ISABEL. Amo á los dos con la vida y con el alma, por eso me enojan sus picardías.

MARIA. Prueba mi receta, compra una máquina *Singer*, trabaja y trabajando serán más llevaderas sus ausencias.

ISABEL. Trabajar no, prefiero hacerle saber cuantas son cinco.

MARIA. No creas convertirle poniéndole cara de suegra, tu gesto ágrío le causará igual efecto que si viera á un recaudador de contribuciones con papeleta de apremio.

ISABEL (coge de la mano á Maria conduciéndola á un extremo del escenario.)  
¿Sabes lo que es un marido?

MARIA. Creo saberlo, ya ves tengo un hijo.

ISABEL. Un marido es un animal.

MARIA. Si acaso hablarás del tuyo.

ISABEL. A todos me refiero. Es un animal muy raro que nunca tiene gana en casa.

MARIA. Mejor que mejor.

ISABEL. Es que el muy bribon, luego se atraca y devora en las agenas.

MARIA. Mejor que mejor, ménos trabajo para la esposa y para la cocinera.

ISABEL. Eso, eso es lo que disgusta á una muger trabajadora, que le roben sus tareas.

MARIA. No seas tonta, ellos se lo pierden, y comiendo de gorra, en el pecado llevan la penitencia. En algun bodegon les darán gato por liebre, en otros gallina vieja, en fonda sopa de pan, desperdicios, otras veces carne pasada que les da el tufo en las narices apenas está servida en la mesa. En fin, Isabel, guisotes y comistrajos de que al cabo ellos mismos se avergüenzan.

ISABEL. ¡Ay, Maria! y si la comida se les indigesta.

MARIA. Entonces se les da té y tila, se les mimas y se les cuida.

ISABEL. Al mío ni he de mimarle ni cuidarle, y si se lo busca que rebiente.

MARIA. Mal camino para enmendarle.

ISABEL. Lo dicho, envidio tu flema.

MARIA. Prueba mi receta; sosiégate, vamos á tu habitacion y allí las dos aguardaremos su llegada.

ISABEL. Pobre de él cuando vuelva.

(Vanse por una puerta lateral.)

## ESCENA XII.

LUIS.

(Aparece Luis en la puerta del fondo y entra cautelosamente.)

LUIS. ¿Habré llegado á tiempo? ¿me habré precipitado? (Observa los objetos esparcidos por el suelo.) ¿Que es esto? Ah! el rastro del crimen. Un sombrero. (Lo recoge.) Procedamos con calma. Razonemos, busquemos la verdad por el camino de los indicios. Cimentemos la sentencia sobre el edificio de las pruebas. Isabel dice que mi muger se entretiene en mis ausencias. Maria lo confiesa; denuncia, cabeza de proceso. Al entrar ví la ventana del comedor abierta, por allí ha entrado el seductor; no hay duda. El crimen deja sus huellas. Mas,

¿quién es el criminal? Gasta sombrero de copa y se lo quita y lo deja en este sitio, luego no es calvo, quiere lucir su hermosa y rizada cabellera. (Deja el sombrero y recoge la bota.) ¡Una bota! se ha descalzado para no hacer ruido, el perillan es maestro en el arte... pero, ¿y la otra? (Busca la otra bota y no la encuentra.) ¡Ah! ya caigo, no tiene mas que un pié, es cojo, lleva una pierna de palo. ¿Cual? (Mira la bota.) Del pié izquierdo; le falta la pierna derecha. ¡Horror! dejarse seducir por un hombre que no tiene pierna derecha! Sigamos las investigaciones. ¡Un guante! ¡el otro! las manos las tiene completas. Las pruebas son evidentes, todo lo he descubierto, todo. Si yo equivoqué la carrera; en vez de médico, debí ser juez de instruccion. Falta ahora pronunciar la sentencia. (Saca un revolver.) Pena de muerte al seductor. ¡Pobre cojo como yo le coja!

(Marcha resueltamente á la habitacion de su muger, apenas ha entrado suena un disparo y ruido de cristales al romperse.)

### ESCENA XIII.

LUIS, ISABEL, MARIA, luego FRANCISCA.

(Sale Luis trémulo y desencajado con el revolver en la mano; Isabel y Maria salen de la otra habitacion.)

LUIS. Lo maté, murió el seductor.

MARIA. ¿Que es esto, Dios mio?

ISABEL. ¿Que pasa? ¿á quien has matado?

LUIS. Al cómplice de esta liviana muger. Y ella, ¡oh! ella tambien. ¡Muere, infame! (Apunta á Maria con el revolver.)

MARIA. Perdon, perdon. (Cae desfallecida sobre una silla.)

ISABEL. (Desviando el revolver.) Tranquilízate, sepamos lo que ha ocurrido.

LUIS. Tiempo hace que sospechaba de mi esposa, para evitar reyertas y escándalos vigilaba y callaba, por fin hoy le he sorprendido.

ISABEL. ¿A quién?

LUIS. Al seductor. Habia entrado por la ventana del comedor y lo he matado.

(Francisca desde la puerta oye la última frase.)

FRANC. ¡Dios santo! ¿por la ventana? era mi novio.

(Cae desfallecida sobre otra silla.)

ISABEL. ¿Qué catástrofe será esa? (Observando á Maria y Francisca inmóviles en las sillas.) ¡Dos desmayos! vamos hombre, excelente ocasion para una dosis de tijeras. Yo pelaré á tu muger y tu pela la doncella.

LUIS. No es el asunto para chanzas. El miserable ha pagado por los dos, allí, allí estaba oculto en la habitacion de mi esposa.

FRANC. (levantándose de repente y con mucha viveza.) ¿En la habitacion de la señora? Siempre sospeché que por ella me engañaba. Yo se lo contaré á V. todo.

MARIA (recobrándose.) ¿Qué es lo que dice esta muchacha?

LUIS. Calla, tú, esposa infiel.

FRANC. (Con ira.) Sí, señor, lo contaré todo. Por la ventana á veces entraba mi novio descolgándose desde el piso de encima donde vive. El pícaro me decia con frecuencia: Sabes que tu señora es muy guapa.

MARIA. Hasta tal punto te hallas ofuscado que das crédito á sus embustes.

LUIS. Calla: y tu, Francisca, prosigue: no dejes de hablar.

FRANC. Debíamos casarnos muy pronto, pero el pérfido me engañaba, la señora y él se entendian; le ha matado, bien muerto está.

MARIA. Que historia es esta, yo me aturdo, me vuelvo loca.

LUIS. He dicho que te callaras: dí, Francisca, ¿tu novio era un jóven de hermoso y rizado cabello, vivo de genio?

FRANC. Sí, señor.

LUIS. ¿Galanteador consumado?

FRANC. Sí, en efecto. ¿V. le conoce?

LUIS. Con cuanto acierto habia instruido el proceso sobre estas pruebas que hay por aquí esparcidas.

ISABEL. (Ap.) Los chismes de mi marido.

- LUIS. Dime, Francisca, ¿tu novio es cojo? ¿le falta la pierna derecha?
- FRANC. Eso no, mi novio tiene pierna derecha.
- LUIS. No es posible, ¿estás segura?
- FRANC. Y tan segura, á no tenerla no me casaba con él.
- ISABEL. En ciertos procesos no hace al caso una pierna más ó menos.

## ESCENA XIV.

DICHOS, ARTURO.

- ARTURO. Los vecinos están alarmados, las comadres cuchichean que aquí ha sonado un tiro, ¿que ha pasado?
- LUIS. Que sorprendí al seductor de Maria, y lo maté.
- ARTURO. ¡Tú! ¿cuando? ¿dónde?
- LUIS. Hace un momento en esta misma casa, en la habitacion de Maria, allí está el cadáver.
- ISABEL. Quizá aún tenga vida.
- MARIA. Sea quien fuere el víctima de tan fatal suceso preciso es auxiliarle.
- ARTURO. Vamos á prestarle auxilio si es tiempo todavía.
- LUIS. Lo dudo mucho, disparé á boca de jarro y no dijo siquiera Jesus me valga.
- ISABEL. De todos modos debemos asegurarnos.
- LUIS. Haced lo que os diere la gana, yo voy á arreglar mi equipaje y á dejar esta casa y la corte y España para siempre.

(Entra Luis en su habitacion, Isabel y Arturo en la de enfrente donde debe hallarse el cadáver.)

## ESCENA XV.

MARIA, FRANCISCA.

MARIA. Tu audacia y la de tu novio han traído la desventura á mi casa: me has calumniado, te despedido: puedes marcharte.

FRANC. Bueno, me iré con el señorito.

MARIA. Como te plazca: en cuanto á mí te desprecio.

(Vase Francisca.)

## ESCENA XVI.

ISABEL, MARIA, ARTURO.

(Salen Isabel y Arturo riendo á carcajadas.)

ISABEL. Es chistoso el lance.

ARTURO. Estupendo.

MARIA. A mí me hace poquísima gracia tener en casa un cadáver y que sea el matador mi marido.

ARTURO. ¿Sabes porqué nos reímos? ¿Sabes contra quién disparó tu marido?

MARIA. Contra el novio de Francisca.

ISABEL. No, Maria: es un error.

MARIA. Os complacéis en atormentarme. ¿Quién es el víctima?

ARTURO. Disparó contra... ¡ja, ja! no me deja hablar la risa, que te lo diga Isabel.

MARIA. Dilo, Isabel: acaba.

ISABEL. Disparó contra... que te lo diga Arturo.

MARIA. ¡Ay, que angustia!

ARTURO. Disparó contra sí mismo: contra su propia imágen, reflejada en el espejo de cuerpo entero que tienes en tu cuarto tocador.

MARIA. ¿Es esto cierto?

- ISABEL. Y tan cierto, que si las balas reflejaran como reflejan los rayos, á estas horas fuera el víctima Luis.
- ARTURO. Tuvo celos de su propia imágen y le largó un trabucazo: el espejo ha sido el víctima de la bala.
- MARIA. ¡Jesus! respiro. Corro á avisar á Luis. ¡Que cese su angustia y su desconfianza! ¡Cuánto habrá sufrido!
- ISABEL. Sospechar de su muger: debemos castigarle.
- MARIA. Isabel, sé indulgente con sus debilidades.
- ISABEL. Calla y déjame obrar: llámale, Arturo.
- ARTURO. Luis, ven: oye una palabra.

## ESCENA XVII.

DICHOS, LUIS.

- ISABEL. Despues de lo que ha pasado, comprenderás que tu y Maria debeis separaros.
- MARIA. (Ap. á Isabel.) ¡Isabel!
- LUIS. (Ap.) Yo que tanto la amaba, separarme es preciso.
- ISABEL. Maria está contigo muy disgustada.
- LUIS. ¡La infame osa quejarse! Nos separaremos para siempre.
- ARTURO. A lo hecho pecho, ¡que diantre! ¿Sabes contra quién has disparado?
- LUIS. Ni quiero saberlo. Solo ví en la semi-oscuridad del cuarto que es hombre de muy mala facha.
- ARTURO. ¿Mala facha, eh?
- ISABEL. ¡Mala facha!
- MARIA. No lo digais en mi presencia: es jóven, distinguido y elegante.
- LUIS. Mujer, me admira tu cinismo; ¿osas defenderle en mis barbas?

(Intenta arrojarle sobre ella, y Arturo le detiene.)

- ISABEL. Si tu supieras... aun no ha muerto. Maria dice

que le ama y que vivirá con él eternamente.  
Ap.) Rabia.

LUIS. ¡Infame! amar á un miserable; si cual yo le hubierais visto..... de una ojeada le juzgué: es un hombre de torvo ceño y mirar siniestro.

ISABEL. (Ap.) Ya: la imágen del hombre celoso.

LUIS. Sus ojos brillantes como dos luciérnagas fijos en mí, aquellos ojos relucientes, encendidos, reflejaban toda la maldad de su alma.

ARTURO. ¿La maldad de su alma, eh?

ISABEL. ¡La maldad de su alma!

MARIA. Es falso: tiene buen corazon.

LUIS. Calla, mónstruo, calla: no le defiendas. Apenas le distinguí, disparé sobre él: una nube de sangre oscureció mis ojos; salí de la estancia: allí quedó el miserable revolcándose en su propia sangre.

ARTURO. Revolcándose como los patos, en el estanque del Retiro.

LUIS. Déjate de bromas. Cumplí con lo que mi honor exigía.

ISABEL. Y tu honor pedia muertes. ¡Percibiendo el tufillo de la sangre tu honor estará satisfecho.

MARIA. Tu honor es un botarate. Basta de broma. ¿Sabes quien es aquel mala facha cuyos ojos revelan toda la maldad de su alma?

LUIS. Apártate de mi lado, ó no respondo de mí.

MARIA. Aquel mala facha eres tú.

LUIS. ¿Yo? (Mira á todos con asombro.)

ARTURO. Tú.

ISABEL. Tú.

LUIS. ¿Quereis que pierda el juicio?

ARTURO. Que lo recobres. Disparaste contra tu propia imágen reflejada en un espejo.

LUIS. ¿Será posible?

ARTURO. Convéncete por tus ojos.

(Entran los dos en la habitacion del supuesto crimen.)

## ESCENA XVIII.

MARIA, ISABEL.

- ISABEL. Queda curado tu Luis de sus ridículos celos; desgraciadamente hoy que entre vosotros renace la paz, entre Arturo y yo continúa la guerra.
- MARIA. No peques de precipitada en formar malos pensamientos.
- ISABEL. Yo no soy ligera de concepto: tengo pruebas positivas de la traición de Arturo y quiero romper con él.

## ESCENA XIX.

DICHOS, ARTURO, LUIS.

- LUIS. Sí, convencido quedo de que disparé contra mi mismo, mas esto no basta á disipar los recelos.
- MARIA. ¿Todavía albergas en tu corazón la desconfianza?
- LUIS. Contesta con sinceridad y quizá logres disiparla. ¿Cuando yo salgo de casa, cuáles son tus pasatiempos?
- MARIA. Segunda edición del espejo. Antes celoso de tí; ahora celoso de *Singer*.
- LUIS. ¿Quién es *Singer*?
- MARIA. El que á mí me acompaña es un *Singer* femenino.
- LUIS. ¿Femenino?
- MARIA. Míralo: es una máquina. Aprovecho tus ausencias para coserte camisas, calzoncillos, etc., y ahorro la cuenta del camiserero. En este siglo de inventos, yo mato el tedio con máquina y en tu provecho.

- LUIS. Perdona, eres tú un angel y yo un borrico.  
MARIA. Yo te perdono con todo mi corazon.  
ARTURO. Has hecho un papel ridículo, celoso de tu propia imagen y luego de una máquina. Tú, ¡un hombre de talento!  
ISABEL. Los celos nivelan todas las inteligencias. Un marido celoso es un toro de Veraguas.  
LUIS. Que comparacion tan poética.  
ISABEL. Un toro que, cual tu, embiste á sn propia sombra.  
MARIA. Voy por algunas labores: quiero que las veas.

## ESCENA XX.

ISABEL, LUIS, ARTURO.

- ISABEL. Te ha llegado el turno. ¿Conoces eso? (Enseña la carta y la trenza.)  
ARTURO. ¿Qué es eso? ¿Una carta y una trenza? Nada sé: tu dirás.  
ISABEL. Miren que inocenton. Esta carta es la que hace poco trajeron para Luis.  
ARTURO. ¡Ah! ¡ya! De la conspiracion avisándonos para esta noche.  
ISABEL (Con estrañeza) ¿Qué conspiracion?  
LUIS. ¿Tu quieres saber la verdad? Sea. Tu marido y yo conspiramos: esta carta es de un amigo y lo del tutor se refiere al gobierno; escuso advertirte que la menor indiscrecion puede costarnos muy cara.  
ISABEL. ¡Virgen Maria! ¿Os amenaza algun peligro?  
ARTURO. Has querido saberlo. Vivirás intranquila, en continúa zozobra, hasta que se resuelva el conflicto. Mas yo creí que ya de antes lo sabias. Tú dijiste: Lo sé todo.  
ISABEL. Estaba en la creencia que era de una mujer: la carta no lo será, pero esta trenza... ¿tambien conspirabas cen pelo? La encontré en tu ropero.

ARTURO. Este chisme no es mío.

LUIS (Ap.) Es su postizo que yo escondí esta mañana para hacerla rabiar: no creí tomar tan pronto el desquite.

ISABEL. En esto no hay conspiracion que valga, esto es de mujer.

LUIS. Sí, en efecto: yo en tu lugar no perdonaba el desliz.

ISABEL. Buena estoy para perdones. ¡Ay! ¡Tengo unas ganas de morder.

LUIS. No, hija, no muerdas que lo ha prohibido el Alcalde. A ver, enséñame esta trenza.

ISABEL. Mírala.

LUIS. Apostaría que su dueña es alguna mujercilla de poco más ó menos.

ISABEL. Esto se conoce á la legua: si apesta y tiene tufo: huele á mala mujer.

ARTURO. Ni mala ni buena, me volveis loco con vuestras cabildosidades.

LUIS. ¿Quieres saber quien es la mala mujer?

ISABEL. Sí, deseo saberlo para arañarla, y luego con la trenza ahorcar á mi marido; y luego ahorcarme.

ARTURO. Pues mira, cambia el orden: ahórcate tú primero.

LUIS. La propietaria, la mala mujer, la mujercilla de tres al cuarto, segun se adivina en el pelo, eres tú.

ARTURO. ¿Ella?

ISABEL. ¿Yo?

LUIS. Mírala bien: es tu postizo.

ISABEL (examinando la trenza.) En efecto. ¡Caramba! ¡Quien habia de pensarlo!

ARTURO. Anda, puedes arañarte, ¡celosa de tus mismas trenzas! ¡Una mujer de entendimiento!

LUIS. Los celos nivelan todas las inteligencias.

ARTURO. Aprovecha la leccion y cura tus desconfianzas.

## ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, MARIA, luego FRANCISCA.

MARIA. Aquí tienes algunas labores.

(Las examinan.)

ARTURO. ¿Y se ahorra mucho al cabo del año?

MARIA. Bastante, además del placer de trabajar para el esposo y para los hijos.

ARTURO. Isabel, te compraré una máquina.

MARIA. ¿Estás celoso todavía de la máquina?

LUIS. No; si debería haber un *Singer* en cada familia.

(Entra Francisca corriendo y asustada.)

FRANC. Por S. Pedro y por S. Pablo. ¡Dios mio! ¡Jesus me valga!

LUIS. Acaba ya la letanía y dínos que tienes.

FRANC. Que acabo de ver al difunto.

ISABEL. ¿Qué difunto?

FRANC. Mi novio: estaba riendo en la ventana del segundo piso: su risa heló la sangre en mis venas.

ISABEL. ¿Vive allí?

FRANC. Vivía. En vida fué asistente del Coronel que lo habita. En cuanto le dieran la licencia debíamos casarnos, pero el pobrecillo está muerto,

ARTURO. Si estuviera muerto no lo hubieras visto. Los muertos solo resucitan en épocas electorales.

MARIA. Está vivo, puedes casarte cuando quieras: te he despedido por charlatana.

FRANC. Me llevará el señorito.

LUIS. Yo no me voy. Confirмо lo que ha dicho mi muger. Solo en almas ruines caben los malos pensamientos que tu has formado.

FRANC. V. tambien los formaba.

LUIS. Yo tenia mis motivos. Estos indicios que hay todavía esparcidos por el suelo.

ARTURO (recogiendo el sombrero) Mi sorbetera. A fé que tus juicios tenian una base algo apabullada.

LUIS. Eso se vé todos los dias.

FRANC. Si V. tambien me despide, yo diré que aunque parece un santo y nunca disputa con la señora, es celoso y desconfiado: yo lo he visto dos veces echado de bruces en el suelo espiano á la señora por debajo de la puerta.

LUIS. ¡Phst! calla.

FRANC. Y además que si alguna vez almuerza á solas me abraza.

ISABEL (Ap. á Maria.) (Parece que algunas veces come en casa tu marido.) Yo lo arreglaré de otro modo. ¿Eres celosa?

FRANC. Si señora, mucho.

ISABEL. Pues entonces el señorito comprará la licencia á tu novio y antes de ocho dias te casas y te largas.

LUIS. Pero mujer...

ISABEL. Nada: tres mil reales por cada vez que has espiao.

LUIS. En fin, sea: falta que yo complete la sentencia: por haber roto el sobre y haber leído la carta, Arturo pagará seis mil reales, quitándolos de tu dote y servirán para gastos de nuestra empresa.

MARIA. ¿Que empresa?

LUIS. Una sociedad de amigos que tratan de extinguir la *filoxera*.

ARTURO. Te prevengo que esta noche la pasamos fuera de casa. Ya sabes á donde vamos.

ISABEL. Intranquila estaré hasta que os vea salvos. Protéjaos el cielo.

MARIA. En la mútua confianza descansa la paz del matrimonio, procuremos conservarla.

#### AL PUBLICO.

ISABEL. Resta pedirte un favor:  
Y te pido muy de veras  
Que perdones al autor  
A quien infunden temor  
Tus afiladas tijeras.



